

Homilías del Domingo 28 del Tiempo Ordinario

+ Lectura del Santo Evangelio según San Lucas

Yendo Jesús camino de Jerusalén, pasaba entre Samaría y Galilea. Cuando iba a entrar en un pueblo, vinieron a su encuentro diez leprosos, que se pararon a lo lejos y a gritos le decían: «Jesús, maestro, ten compasión de nosotros.» Al verlos, les dijo: «Id a presentaros a los sacerdotes.» Y mientras iban de camino quedaron limpios. Uno de ellos, viendo que estaba curado, se volvió alabando a Dios a grandes gritos, y se echó por tierra a los pies de Jesús, dándole gracias. Este era un samaritano Jesús tomó la palabra y dijo: «¿No han quedado limpios los diez?; los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha vuelto más que un extranjero para dar gloria a Dios?» Y le dijo: «Levántate, vete: tu fe te ha salvado.»

Palabra del Señor

Homilías

(A)

Todos recordamos que de niños nuestros padres nos enseñaron a pedir las cosas por favor y a que nos acostumbráramos a dar las gracias cuando alguien nos daba algo o cuando alguien nos hacía algún servicio. Y me parece importante que también entre nosotros: entre hermanos, vecinos, amigos y compañeros, nos salga fácilmente de la boca - y del corazón- la palabra "gracias".

A todos -de cualquier edad y condición- nos debería salir fácilmente del corazón y de la boca la palabra "gracias". En casa, en la familia, en el trabajo o en la escuela: en todos los mil lugares y circunstancias de nuestra vida de cada día tendríamos que ser más agradecidos.

Y no sólo como un palabra y una costumbre de buena educación, de buena convivencia, sino como algo más importante, más hondo.

Porque tener en nosotros un sentimiento -una actitud- habitual de gratitud hacia los demás es uno de los aspectos importantes de aquel amor que Jesús nos dijo que nos hemos de tener los unos a los otros. Porque la gratitud significa valoración del otro, significa tratarle con respeto y consideración, estimarle. En cambio, cuando nos domina el egoísmo, el considerarnos el centro del mundo, cuando actuamos con exigencia o imposición, cuando pensamos que todas las relaciones

humanas se reducen a una trama de derechos y deberes, sin gratitud: entonces nos alejamos de aquel amor que Jesús nos encomendó.

El evangelio de hoy nos ha hablado de un samaritano -de un extranjero que supo volver para dar gracias por su curación. ¿Por qué volvió éste y no los otros nueve? Probablemente, creo, porque éste estaba acostumbrado a dar gracias -de corazón y de palabra- en su vida normal. Y los otros nueve, no.

Por eso, el que estaba acostumbrado a ser agradecido a los hombres, supo serlo ante Jesucristo, y así halló la gracia del Señor, encontró la fe y la salvación. Jesús aprecia al hombre que manifiesta gratitud. Que no da nada por descontado. Que sabe abrirse al estupor, a la sorpresa y por tanto a la gratitud.

Puede ser fácil dar gracias a Dios cuando obtenemos una gracia excepcional. Sin embargo, la gratitud -que alguien ha definido como la memoria del corazón- no se hace tan manifiesta por las cosas que tenemos ante los ojos cada día. Los consideramos derechos adquiridos. Chesterton observaba con ironía, cómo nosotros, una vez al año, agradecemos a los Reyes Magos los regalos que nos encontramos en los zapatos que hemos puesto en el balcón. Pero nos olvidamos de dar las gracias a aquel que todas las mañanas nos da dos pies para meterlos en los zapatos.

Es una afirmación aguda y profunda y que refleja una actitud humana muy frecuente entre nosotros.

Porque vivimos en una sociedad en la que dar gracias se ha convertido en un tópico: en los tickets de compra de los grandes almacenes se nos dice: "gracias por su visita"...Y sin embargo nos falta muchas veces el agradecimiento profundo y verdadero en nuestro corazón.

Tenemos que convencernos que todo es gracia. Nada se nos debe y nada merecemos.

Si todo nos viene de Dios gratuitamente, todo debe volver a él a través de la alabanza y la gratitud.

Cristiano no es el que pide gracias o recibe gracias. Es fundamentalmente quien da gracias. Por eso, la Eucaristía, que representa el acto más importante del culto cristiano, significa literalmente, "acción de gracias".

Recordemos una cosa muy importante: cuando venimos, aunque a veces nos cueste, a misa, recordad que lo más importante aquí no es, escuchar o pedir esto o aquello. Lo más importante aquí es saber decirle a Dios: GRACIAS, gracias por todo, pero gracias sobre todo porque nos has hecho conocer, querer y seguir a Jesús...

Queridos hermanos, no andemos distraídos frente al milagro de la vida. No seamos descuidados ante las sorpresas de los acontecimientos de la vida ordinaria. Busquemos las huellas de Dios en los acontecimientos de cada día, y permanezcamos siempre en actitud de agradecimiento.

(B)

Es frecuente que en momentos de crisis y de cambios, las personas tendemos a subrayar lo negativo y nefasto, al mismo tiempo que olvidamos lo que de positivo y bueno hay en la vida de los pueblos. Las nuevas generaciones no creen en el pasado. Los valores del pasado sufren un derrumbamiento espectacular. Parece que nuestros padres y abuelos no han sabido hacer casi nada realmente constructivo y válido. Pero, al mismo tiempo, no pocos adultos sufren y se angustian ante el momento presente, porque están plenamente convencidos de que «su» época fue la mejor. Se diría que para ellos no hay nada positivo y bueno en el momento actual.

De esta manera, y por razones diversas, podemos estar creando entre todos una sociedad de personas descontentas y amargadas, incapaces de valorar, agradecer y disfrutar lo bueno, grande y positivo que hay también en nuestras vidas.

Esta sociedad nuestra necesita escuchar la llamada de Jesús al agradecimiento. Los hombres y las mujeres de hoy necesitamos recordar que el hombre no puede ser humano sin ser agradecido. No posee otra posibilidad de afirmarse como hombre sino la de saber acoger con agradecimiento todo lo que va recibiendo en la vida.

Y la razón es sencilla. El hombre no puede darse nada a sí mismo si no es a partir de lo que recibe de los demás.

No nos damos la vida a nosotros mismos, ni la inteligencia, ni las fuerzas, ni la salud, ni el vivir diario. La persona sólo es capaz de aprender a hablar, desarrollarse, trabajar, relacionarse y construir su propia personalidad a partir de lo que recibe de los demás.

Por eso estamos llamados a ser agradecidos.

Es bueno pararse a reconocer todo lo bueno que vamos recibiendo en la vida, y ser agradecidos con el pasado y el presente. Saber agradecer los esfuerzos y trabajos de las generaciones pasadas, y las inquietudes y luchas de las presentes. Agradecer la historia que desde atrás nos sostiene y nos impulsa hacia un futuro mejor.

Agradecer la naturaleza, los acontecimientos que tejen nuestra vida, las personas que nos acompañan, nos quieren y nos hacen más humanos. La

queja dolorida de Jesús ante los nueve leprosos que se apropian de la salud sin que se despierte en su vida el agradecimiento y la alabanza entusiasta, nos tiene que interpelar.

¿No ha vuelto nadie sino este extranjero para dar gloria a Dios? Cuando únicamente se vive con la obsesión de lo útil y lo práctico, ordenándolo todo al mejor provecho y rendimiento, no se llega nunca a descubrir la vida como regalo.

Cuando reducimos nuestra vida a ir «consumiendo» diversas dosis de objetos, bienestar, noticias, sensaciones, no es posible percibir a Dios como fuente de una vida más intensa y gozosa.

Cuando nos pasamos la vida dominando a las personas, estrujando las cosas y manipulándolo todo, nos hacemos incapaces de contemplar la existencia como un don del Creador.

Pero hay otro modo de vivir distinto. Vivir como personas agradecidas.

(C)

Se volvió alabando a Dios Lc 17, 11-19

Es una contradicción. Enseñamos a los niños a decir «gracias», al tiempo que les fabricamos un mundo donde apenas cabe esta palabra. Un mundo que funciona movido por el dinero, la obligación o el interés. Y es claro que, cuando todo se vende y se compra, queda poco sitio para la gratitud. El mismo regalo se ha convertido muchas veces en «gesto social programado por los grandes almacenes donde se vende de todo menos gratitud» (J.A. García-Monge). Los verdaderos regalos, pequeños o grandes, nacen siempre allí donde hay amor sincero entre las personas, más allá de lo establecido y de lo obligatorio.

No es extraño que en un mundo así «dar gracias» se haya convertido para bastantes en un mero signo de educación. Nunca dicen gracias de verdad. No saben agradecer la vida ni el amor y la bondad de las personas. No saben agradecer a Dios. Para sentir agradecimiento, la persona tiene que superar ese egocentrismo infantil de quien se cree que todo le es debido. Hay que reconocer lo gratuito, lo que estamos recibiendo como puro regalo, lo que no es fruto de nuestros méritos.

En realidad, sólo agradece de verdad quien sabe captar en su vida el amor, no en abstracto, sino encarnado en pequeñas experiencias de cada día. Ese amor que se esconde en el interés que alguien se toma por nosotros, en la amistad sincera de quienes nos quieren bien, en el apoyo y la ayuda desinteresada que se nos ofrece.

Sin duda, es mucho lo que debemos a muchas personas; pero, ¿a quién agradecer el amanecer de cada mañana o la respiración que nos mantiene vivos?, ¿a quién dar gracias por el ser, el bienestar interior o la alegría de vivir? Al creyente no le basta dirigir su acción de gracias a «la vida» en abstracto. Su agradecimiento se eleva hasta su Creador y Padre, fuente y origen de todo bien. Se ha dicho con razón que para el ateo auténtico es un problema sentir la necesidad de dar gracias y no saber a quién. Según el relato evangélico (Lucas 17, 11-19), sólo uno de los leprosos curados vuelve a Jesús dándole gracias y alabando a Dios. Es conocida la queja de Jesús: «¿No ha vuelto más que este extranjero para alabar a Dios?» ¿Serán siempre tan pocos los que vivan dando gracias por el regalo de la vida?

Al creyente que no le nace nunca de dentro la alabanza y el agradecimiento a Dios le falta algo esencial. Su fe necesita descubrir que la primera actitud ante la bondad y la grandeza de Dios se encierra en esa sencilla palabra: «Gracias.» Lo mismo que a los niños, ante el regalo de la vida alguien nos tendría que advertir: «¿Qué se dice?»

(D)

Sólo quien está enfermo sabe lo que es sentir la necesidad de ser curados. Sólo quien sufre el mal de la lepra sabe lo que es querer verse limpio. Estos diez leprosos conocían lo que era sentirse marginados de todos y tener que vivir fuera de todo poblado y alejados de todos los caminos.

Cuando sienten que es Jesús el que pasa por el camino se ponen a gritar. Digamos que su grito es una oración. O si prefieres, su oración se hace grito. Con frecuencia nos quejamos de que Dios no escucha nuestra oración. ¿No será que nuestra oración es tan bajita que ni nosotros mismos la escuchamos?

El grito es el desgarramiento del corazón.

El grito es la desesperación en la esperanza.

El grito expresa la profundidad de su esperanza.

El grito expresa la confianza en alguien que puede sanarlos.

El grito expresa la última esperanza.

Hay oraciones muy silenciosas.

Tan silenciosas como la rutina con que las decimos.

Y hay oraciones que van más allá de todos nuestros respetos humanos.

Porque la verdad de la oración no está tanto en lo que decimos, sino en el sentimiento que brota del fondo del corazón.

Es cierto que Dios escucha las oraciones del silencio.

Es cierto que Dios escucha las oraciones que nadie más escucha.

Es cierto que Dios escucha incluso las oraciones que no tienen voz.

Es que el grito no es tanto el volumen de la voz.

El grito es la expresión del ansia y de la fe del corazón.

Y Dios nunca es insensible a esa oración que brota de las entrañas del corazón.

Dios nunca se queda impasible ante nuestros gritos de dolor, de angustia, de sufrimiento.

Es posible que no siempre nosotros percibamos la respuesta de Dios.

Y hasta es posible que con frecuencia sintamos más su silencio que su respuesta.

Sin embargo, hasta el silencio de Dios es respuesta a nuestra llamada.

Nos fijamos mucho en el corazón desagradecido de los nueve. Y no reparamos que todos se hicieron grito de oración o de oración a gritos. Y sin embargo, es oración que por encima de los respetos humanos, y por encima de lo que los demás pudieran pensar, ponen toda su confianza en Jesús. La oración jamás queda vacía de respuesta. La verdadera oración que sale y brota del corazón siempre encontrará eco en el corazón de Dios. Por eso, Señor:

Aunque sienta que no me escuchas. Yo seguiré orando.

Aunque sienta que estoy perdiendo el tiempo. Yo seguiré orando.

Aunque no me des lo que te pido. Yo seguiré orando.

Aunque no me abras la puerta cuando yo quiero. Yo seguiré orando.

Aunque no encuentre cuando yo deseo. Yo seguiré orando.

Aunque sienta que tú no me amas. Yo seguiré orando.

Aunque sienta que tú no me haces caso. Yo seguiré orando.

Aunque me grites desde dentro que estas dormido. Yo seguiré orando.

Aunque me digas desde dentro que no es hora de levantarte. Yo seguiré orando.

Aunque me digas desde dentro que no te fastidie. Yo seguiré orando.

Aunque sienta que nadie responde desde dentro. Yo seguiré orando.

Aunque no sienta nada cuando estoy hablando contigo. Yo seguiré orando.

Aunque mi fe se tambalee. Yo seguiré orando.
Aunque mi confianza en ti se debilite. Yo seguiré orando.
Aunque no vea nada. Yo seguiré orando.
Aunque no entienda nada. Yo seguiré orando.

Porque sé que orando, ya estoy cambiando.
Porque sé que orando, siempre me quedará la esperanza.
Porque sé que orando, tú terminarás por hablar.
Porque sé que orando, tú siempre estarás a mi lado aunque no te vea.
Porque sé que orando, aunque mis problemas sigan siendo los mismos, yo seré distinto.
Porque sé que orando, interiormente mi corazón se irá sanando.

(E)

Los padres de un joven muerto a los veintiún años publicaron en el lugar de las esquelas de un diario la siguiente nota: «Con estas breves líneas los padres de Oriol queremos expresar a todos nuestro más profundo agradecimiento. Las muestras de duelo y afecto y la gran cantidad de flores, así como vuestra asistencia y plegarias en el día del entierro y del funeral nos servirán siempre de consuelo.

También nos ayuda el hecho de que nuestro hijo hiciese donación de sus órganos. Lo reviviremos en unas personas totalmente desconocidas, deseosas de vida, en París, Sevilla y Barcelona. Y siempre en lo más íntimo lo contemplaremos como un joven de veintiún años, omnipresente en nuestro hogar y en toda nuestra vida, con la esperanza de encontrarnos todos juntos un día en el cielo».

Esta era la nota de unos padres agradecidos y llenos de esperanza. Todos o casi todos habéis oído hablar del barco Titanic, un barco que según se decía: «Ni Dios podía hundirlo».

Al subir a bordo del Titanic, un sacerdote lituano llamado Jouzas recibió una tarjeta blanca que le aseguraba un puesto en los botes salvavidas para caso de peligro, junto con mujeres y niños; pero al oír los gritos desesperados de un padre de familia numerosa, este sacerdote le dijo: «No llore. Tome mi tarjeta y váyase».

Testigos presenciales dijeron que este sacerdote se hundió con el barco, dando la absolución al resto de los pasajeros, que corrieron su misma suerte.

También este padre de familia debió de quedar muy agradecido al que no dio marcha atrás ni ante la muerte para salvarle la vida.

Ante estos ejemplos me vienen a la memoria estas palabras que alguien ha pronunciado: «Cuando bebas agua, piensa en la fuente»; es decir, sé agradecido. Pues bien, más agradecidos hemos de estarle nosotros a Dios porque, no contento con habernos dado la vida y todo lo que tenemos, se hizo hombre y, sin dejar de ser Dios y con el nombre de Jesús, nos ha enseñado con su palabra y su conducta cómo hemos de conseguir la vida eterna, y no dio marcha atrás ni ante la muerte de cruz, una muerte muy cruel que en aquel tiempo se daba a delincuentes.

Dicen que el que no es agradecido no es bien nacido.

En el Evangelio de hoy Jesús, después de curar a diez leprosos, se queja de que sólo uno volviese para darle las gracias. Se nos está indicando que son muy pocos los que agradecen a Dios los beneficios recibidos.

Agradecemos a alguien el regalo de un par de zapatos, pero no le agradecemos a Dios los pies que nos ha dado para meterlos en ellos.

Seamos, pues, agradecidos a Dios. ¿Cómo? Con nuestras oraciones y, sobre todo, con nuestra buena conducta.

Y tengamos la esperanza que tenían los padres de Oriol, la esperanza de encontrarnos todos juntos en el cielo.

P. Juan Jáuregui Castelo